

El odio y el error como fermento de la guerra

ANTONIO HERNÁNDEZ - SONSECA*

En el argumento en que se expresa la realidad histórica, los hombres seguimos suscribiendo el error con variantes del mismo tema, y nuestra larga memoria parece renunciar al propósito de enmienda, recayendo una y otra vez en la infidelidad a un verdadero proyecto de vida humana. No hemos aprendido todavía a convivir en el respeto; después de 2000 años de Cristianismo en Europa nos sigue faltando la imaginación necesaria que sepa poner freno a esta cultura de la muerte. La verdadera civilización no está en la guerra sino que es fruto de la victoria sobre nosotros mismos,

sobre las potencias de la injusticia, del egoísmo y del odio, que pueden desfigurar al hombre”, ha escrito el Papa Juan Pablo II. La historia tiene que aprender a evitar lo que no es conveniente o a llevar a cabo a cualquier cosa. Únicamente hemos conseguido rebajar la creencia en un progreso sin barreras y a la vez el convencimiento de que la guerra hoy representa una barbaridad y una desmesura innecesarias.

Si la doctrina sobre la persona y la estima solidaria del prójimo no fermentan el cultivo de un humanismo nuevo y renovado, la realidad

* Canónigo de la Catedral de Toledo.

histórica seguirá volviéndose contra nosotros mismos.

En el curso impartido por D. Julián Marías con el título de “El factor intelectual en la historia (acierto y error como claves de la realidad histórica)”, el 14 de noviembre de 1990 se nos decía: “...conviene pensar sobre los errores de la guerra y sobre lo que pudo haber sido una realidad histórica. La guerra, ese fenómeno universal que cruza la historia, es un invento de los hombres, muy complejo y muy estrechamente vinculado a los abismos de la condición humana. Nace de dos factores atroces: el odio y la envidia; porque el hombre es un ser social y en la misma medida antisocial. Es preocupante que la guerra haya perdido su concreción circunstancial; como si toda la lluvia ahora fuese diluvio, y toda enfermedad fuese la peste; así no deseamos que llueva. Ahora la guerra ha dejado de ser un instrumento que pueda utilizarse; antes era un invento, lamentable como la cirugía, destinado a reducir y a regular las violencias; antes era ‘el remedio de las cosas que no tenían remedio’, como formuló el cardenal Borja al emperador Carlos V. Pero ahora ni eso”.

Y en la séptima lección sobre “Las formas de Europa” dictada en el Centro del Conde Duque en enero de 1997, refiriéndose al problema balcánico describía ya la situación presente “como una pluralidad violenta de pueblos que han convivido como en un matrimonio mixto, y que de pronto se odian; y los odios se engendran y se inventan”.

Si aspirásemos a una comprensión de la condición humana, usando más y mejor de la razón, el fenómeno de la guerra, legitimado en otros momentos históricos como la “razón última” que podía evitar males mayores, se nos presenta hoy como una expresión sangrante de errores humanos que contribuyen a una desorientación radical que podría haberse evitado. Y actualizan la escena descrita en los

Hechos de los Apóstoles cuando Pablo de Tarso tiene por la noche una visión en la que un macedonio le grita: “Pasa a Macedonia y sálvanos”.

Me vienen a la memoria las palabras del Pontífice Pío XI en su polémica encíclica “Mit brennender Sorge”: “...quienes divinizan la Raza o el Pueblo, el Estado o una forma determinada del mismo, como suprema norma de todo, pervierten y falsifican el orden creado y querido por Dios”. Hoy nadie acertaría a evaluar con exactitud el volumen de sufrimientos, injusticias y despojos que vienen a recaer en un estado de guerra sobre las vidas humanas y sobre la misma geografía donde tienen que convivir. La lucha por la supervivencia revive con exactitud aquella crónica dramática del éxodo bíblico, y como entonces sin la seguridad de poder alcanzar el sueño de una tierra prometida donde poder vivir en libertad.

En la raíz de estas situaciones, el odio. Esta enfermedad del alma, como la calificaron los estoicos y el mismo Kant, no se rinde ni a súplicas ni a razones; sigue cobrándose más vidas humanas y sigue devastando a más países que los huracanes.

Quien alimenta rencores y ansias desmedidas de poder, no cesa de encontrar situaciones y excusas propicias para satisfacer sus ambiciones secretas, viendo “al otro” como un mundo sin relieve y acaso como una sombra amenazante y turbadora. “¿Quién no procura destruir cuanto él odia?”, manifiesta el rico judío Shylock en el acto cuarto de *El mercader de Venecia*.

Al dictado del odio se eclipsa la claridad de la realidad y uno se incapacita para estimaciones justas. La brutalidad virtual que almacena tiene que estallar convirtiendo a su autor en un torturador ciego de la especie cainita. La conocida “ley del talión” impedía al menos

dejarse uno arrastrar por el vértigo de la venganza y ponía un freno a los excesos.

Esta pasión ciega no brota espontáneamente: se engendra y se inventa. Y nadie podría alegar su neutralidad o su ignorancia, como aquel personaje de Moliere que escribía en prosa sin advertirlo. El aguijón del odio con una violencia revanchista, incluso desde la sombra, lucha por entrometerse en la realidad de otras vidas humanas, con la arbitrariedad como criterio y con la razón de la fuerza como árbitro. “El odio se acrecienta en el daño y alcanza su invisible envergadura cuando le dejan solo a su destino”, ha escrito el poeta Justo Jorge Padrón.

En la lógica del odio queda invalidado aquel principio kantiano del obrar de tal manera que tu forma de conducta pueda brillar como norma universal. Más bien se suscriben las palabras que Nietzsche puso en boca de Zarathustra : “sed lo bastante grandes para no avergonzaros del odio”. Originándose esa situación psicológica, meridianamente intuida por Don José Ortega, de que al odiar interponemos entre el objeto odiado y nuestra intimidad un fiero resorte de acero que impide la fusión, siquiera transitoria, de las cosas con nuestro espíritu, pero al mismo tiempo uno se ve arrastrado desde dentro por las ansias de ratificar, sea como sea, su voluntad de dominio y destrucción.

Pocas ficciones literarias han pintado una radiografía más transparente del interior del odio como la tragedia de Macbeth. La violencia marca el arranque y el desenlace de la obra; cada personaje vive obsesionado con la destrucción del otro; la furia anida en su sangre como principio de vida; lady Macbeth, prototipo de ese rencor espeso, con el ansia de una venganza a cualquier precio, llegará a gritar: “¿Qué importa que llegue a saberse la sangre derramada, si nadie puede pedir cuentas a nuestro poder?”. Una situación que evoca la pintura de la cólera de Aquiles contra el

príncipe troyano cuando le tiene bajo sus pies ya moribundo y el odio le sugiere “comerse la carne ensangrentada del hombre al que ha derrotado”.

Las causas radicales del odio resuenan y habitan en uno mismo. La náusea de pasiones extrañas se encarga de trazar las coordenadas secretas donde se asienta el mundo personal que uno se ha ido creando; hasta el mismo amor llega a degenerar en odios, como lo describe D. Benito Pérez Galdós en “El equipaje del rey José”: La protagonista, Jenara, después de haberle echado en cara a su amado Salvador Monsalud el tiempo transcurrido sin haberle escrito una carta, al encontrarle de repente vestido con el uniforme francés, herida en su amor propio y en su patriotismo, gritará:” Mátale, mátale sin piedad; tú, francés, embustero y además traidor”.

Bajo la luz de esta entrañable ceguera, la razón ofuscada se sitúa en la perspectiva más propicia para la unilateralidad y para la sinrazón. Cada loco con su tema.

Son muchas las analogías que le hermanan con la locura al no saber diferenciar entre las puras ficciones mentales y la realidad misma. Los delirios de una creencia errónea no caen fácilmente rendidos bajo la prueba de la realidad. “Todo extremismo, según el juicio de Ortega, fracasa inevitablemente porque consiste en excluir, menos un punto, todo el resto de la realidad vital; mas este resto como no deja de ser real porque le neguemos, vuelve siempre y se nos impone, queramos o no; la historia de todo extremismo es de una monotonía verdaderamente triste: consiste en tener que ir pactando con todo lo que había pretendido eliminar”.

Y el odio es fuente de errores

El parámetro de la función intelectual en el acontecer histórico no puede descuidarse escudándonos bajo la callosidad de la indiferencia; necesitamos saber qué aciertos o qué falsas creencias sostienen los capítulos del argumento de la historia. En mayor o menor medida todos somos responsables; lo sabemos muy bien o podemos saberlo; si aplicáramos la gran innovación de Ortega: la Razón Vital y la Razón Histórica —la Razón que es la historia misma; la historia que da razón de lo humano—, seríamos capaces de rebajar el riesgo de errores culpables e insidiosos que disfrazados de odio siguen dando rienda suelta a esta quiebra intrínsecamente perversa de la guerra. Entre otros debemos subrayar: el desfondamiento de la libertad como arma arrojada que ignora el carácter sagrado de las vidas humanas; la desorientación radical que se desencadena cuando se niega la condición personal del hombre; el nihilismo vital que impera cuando se nos olvida la hermandad de los hombres y en el horizonte de la vida se oscurece toda esperanza; los nacionalismos radicalizados, la intolerancia religiosa, el racismo inspirador de purgas étnicas, sin respetar las diferencias ni a quienes las representan; el propósito de contemplar todo bajo un mismo color, con lo que el hombre, sin voluntad de verdad, se incapacita incluso para reconocerse a sí mismo; la recaída en la barbarie del primitivismo: si la tecnología, según Marshall McLuhan, es una extensión del hombre, habría que preguntarse si en las contiendas bélicas del momento actual se está cumpliendo al precio de apostatar de lo más genuinamente humano y de volverse contra el hombre mismo.

El odio, fermento de la guerra, está minado de errores, y al tomar posesión casi diabólica de las conciencias, hace prevalecer las pasiones sobre la razón, consolidando la decadencia y el rebajamiento de lo humano. Del odio, con sus mentiras y sus falsificaciones, sólo podemos esperar el miedo y el dolor.

Desde sus orígenes este gravísimo problema preocupó a la visión cristiana de la vida: “Se dijo que amarás a tu prójimo y odiarás a tus enemigos; pero Yo os digo: Amad a vuestro enemigo” (Mt 5, 44), “Y si alguno dice amar a Dios pero aborrece a su hermano, es un mentiroso; es un asesino y anda en tinieblas”, declara San Juan en la primera de sus cartas, “Mientras el hombre duerme, el enemigo siembra la cizaña”, (Mt 13, 25).

En el vocabulario del Nuevo Testamento 40 veces aparece el verbo *miev* y 3 veces el verbo “*apostgev*”, con el sentido de odiar; y 32 veces la voz “*ecqroz*” significando el odio. El mensaje central del Evangelio viene a quebrar la espiral de la violencia, que nace del corazón del hombre; es la Revelación de un Dios deseoso de ver a los hombres renunciar a la venganza, interesado de una manera especial por las víctimas; el relato del samaritano bueno, en el evangelio de San Lucas, interpreta el mal y la maldad como una desgracia que un ser anónimo tiene que padecer en carne viva por culpa de un agresor escondido en la sombra de sus razones; la teología de la liberación sigue siendo una exigencia que traspasa fronteras, como el mismo Papa Juan Pablo II ha venido reiterando en más de una ocasión; una perspectiva cristiana no desenfocada ni distante de sus fuentes, no puede renunciar a este compromiso; la indiferencia con sus silencios equivale a una traición y a una visión sesgada del prójimo, cuya mirada a todos nos está juzgando.

La pascua de este año 99, en el corazón de Europa, está siendo una Pascua Florida en baño de sangre y con unos desastres que a todos nos gustaría no sentirnos sacudidos por ellos en la distancia. Sus cifras son escalofriantes: la huida de casi 370.000 albanokosovares a Albania, unos 160.000 a Macedonia y en torno a 30.000 los que han buscado refugio en Montenegro, sin

contar los miles de personas errando en busca de refugio. La expectación del pánico generalizado bajo el sonido de las sirenas, violaciones en masa, toda una población arruinada y con unos espacios entrañables a donde muchos no se atreverán a regresar, ¿será posible la convivencia después de esta limpieza étnica, perfectamente orquestada desde hace ya varios años, como un saldo de cuentas pendientes y de supuestas deudas? Tal vez estamos asistiendo a la tragedia más violenta que ha azotado a la vieja Europa, tras la segunda guerra mundial.

Una visión de la realidad histórica, desde una perspectiva y compromiso cristianos, no puede hacer suya la disculpa cainita, “¿Y yo qué tengo que ver con mi hermano?” El panorama desolador y su trasfondo oscuro representan la mejor censura contra la indiferencia; nadie puede callar y menos justificar esta tragedia. La realidad misma nos está gritando desde el corazón de Europa. Convendría aplicarnos el refrán griego que dice: “cuando los ojos se llegan a lavar con lágrimas, se puede ver claramente”.

Si antaño pudo esgrimirse la legitimidad de la guerra como una intervención quirúrgica capaz de disuadir y contener males peores, hoy necesitamos proyectar una defensa de la sensatez y de la razón a escala universal, llamando a las cosas por su nombre, en defensa de la verdad tantas veces puesta en el olvido.